

CONSEJO DE MINISTROS EN VALENCIA

Las vacaciones anuales de los obreros serán retribuidas; pero no habrá descanso

Valencia, 26 (una madrugada).—A las seis de la tarde quedaron reunidos los ministros en Consejo ordinario.

La reunión terminó a las once de la noche. A la salida, el ministro de Instrucción pública dió, según costumbre, la referencia verbal. Dijo que el Consejo había aprobado numerosos decretos y asuntos de trámite. Entre los primeros figura uno presentado por el ministro de Trabajo sobre las vacaciones. Se ha acordado prescindir de éstas; pero abonar a los obreros los jornales de aquellos días de vacación que debían disfrutarse con lo cual se armonizan los intereses de los trabajadores y los de la República. Se ha aprobado un decreto de Defensa Nacional, por el que se crean en las unidades del Ejército los batallones disciplinarios, en los que cumplirán condena aquellos individuos sancionados por los Tribunales. También se aprobó otro constituyendo en la Marina de guerra un Tribunal de urgencia análogo al recientemente creado para el Ejército de tierra.

Gordón Ordás se despidió del Gobierno y sufrió después un accidente de automóvil.

Valencia, 25.—En visita de despedida estuvo en la presidencia del Consejo el embajador de España en Méjico, Gordón Ordás, que mantuvo con el jefe del Gobierno una extensa entrevista.

Después de haberse ocurrido después un accidente de automóvil, a consecuencia del cual ha resultado herida de escasa conside-

"FRANCO NO SIRVE"

"Sin March, todo se habría perdido y", dice un ex ministro lerrouxista

Recordando el gran error, conocido por Diego Hidalgo, ministro de la Guerra de Lerroux durante el bienio negro, que en tanto que llevaba a su lado al traidor Franco y le entregaba el Ejército para que preparase la sublevación, se escapa de la cabeza la luminosa idea de vender como solares, para que se edificara en ellos, los jardines de Buenavista.

Este sujeto, como tantos otros de su procedencia—alguno ex ministro lerrouxista, que no pudo escapar, va a dar que hablar muy pronto, adoptando una postura en que no le podremos tolerar—, está, naturalmente, con los fascistas, con Franco, con Cabanellas, con Queipo, con March... Y no hace mucho tiempo, con fecha de Mayo pasado y desde Gibraltar, escribía a cierto correligionario suyo—¡caso Samper!—, que se halla en Suiza, una carta a la que pertenecen estos párrafos:

"A un amigo como usted yo no le puedo ocultar la verdad. Franco, que es inteligente, hubiera servido para el caso de un triunfo rápido, como esperábamos; pero no sirve para una resistencia larga. Carece del temperamento que necesita un caudillo, y resulta que, mientras los falangistas se le burlan, ni a los tradicionalistas, ni a los alfonsinos, ni a los mismos militares les ofrece confianza. ¡Hay que ver las cosas que me decía Cabanellas aún no hace quince días! Con él como elemento director no se puede ir a ninguna parte; y March, que es el verdadero cerebro que tenemos, está trabajando para que se quede de jefe de Estado, o sea figura representativa, y se nombre un Gobierno presidido por una verdadera capacidad. Pero lo malo es que esta capacidad no se ve por ninguna parte, de no ser el mismo March, que ya comprenderá que es imposible. Porque Juan March si que es inteligente de verdad. Asombra su capacidad de comprensión, de trabajo y hasta de resistencia física, que son enormes. Bien podemos decir que sin March todo se habría perdido ya. No crea usted que le exagero al decir esto. Cuando algún día podamos hablar, de palabra le explicaré por qué

si Italia y Alemania siguen ayudando el movimiento se le debe a March. Seguro estoy de que los mismos italianos y alemanes que actúan en España opinan como yo sobre él.

Diego Hidalgo—qué pena de apellido, origen de nobleza—, a través de su prosa de notario, hace, sin proponérselo, la más clara exposición que es dable de la situación lastimosa a que ha llegado la canalla fascista.

Basta saber que no cuenta con más hombre que March—el contrabandista, el usurero, el ladrón—, porque todos los demás son peleles, para predecir con seguridad dónde, al cabo, habrá de ir fatalmente a parar esa chusma maldita de malhechores.

A la expatriación, a la cárcel o al cementerio.

Niños madrileños salen para Puigcerdá

Barcelona, 25.—Hoy han salido para Puigcerdá los treinta y dos niños madrileños que llegaron anoche a Barcelona en los autos del servicio inglés de evacuación de niños a cargo de la National Committee Spain Relief.

El viaje lo han realizado sin ningún contratiempo, cantando durante todo el camino. En todas partes han sido acogidos con grandes muestras de simpatía. Su paso por las calles de Barcelona ha sido saludado con verdadera emoción. Con esta expedición se inicia una serie en la que los niños serán trasladados a los lugares más pintorescos de Cataluña.

COMISION PROVINCIAL DE ABASTECIMIENTOS

Tarjetas de abastecimiento de carbón y leña

Durante los días del 26 al 30, inclusive, del corriente mes de Junio, se procederá al reparto de las nuevas tarjetas de abastecimiento de carbón y leña que por razón de vechidad corresponden a los despachos siguientes:

Despacho número 39: Raimundo Fernández Villaverde, 21.

Despacho número 41: García de Paredes, 33.

Despacho número 42: Modesto Lafuente, 5.

Será condición indispensable la presentación de la cartilla familiar y devolución de la tarjeta del mes de Mayo.

Oportunamente se comunicará los días de distribución de tarjetas para los restantes despachos de este distrito.

La entrega de las nuevas tarjetas se efectuará en la calle de Amador de los Ríos, 5 (ministerio de Trabajo).

EPISODIOS DE LA EPOPEYA ESPAÑOLA

MADRID, EN GUERRA

La ciudad desconocida

En la mañana fragante, la visita al Retiro. Abierto de nuevo al público después de diez meses de soledad. Sólo una pequeña parte se puede recorrer; tres únicas puertas de acceso: las dos de la avenida de Menéndez Pelayo y la de la calle de O'Donnell. El sector que abarcan esas puertas hasta la Casa de Fieras. Lo demás, zona prohibida.

Veo las plantas, los árboles—señoriales eucaliptos, frondosos castaños de Indias—, los macizos de geranios, de rosales, de pensamientos. Veo las estatuas, los bancos, las estrechas sendas laberínticas. ¡Y los pájaros! ¿Dónde han ido a parar las bandadas de gorriones que revoloteaban entre las mismas pternas de los visitantes? El viejo de todos los días, un «poverteto» disfrazado de hombre, que penetra silencioso por la puerta de Mariana Pineda, ya desmenuzando el pan que habían de comer en su mano los gorriones. ¡Habrá muerto este amigo de los pájaros, combatido por los dolores de la guerra!

Los gorriones ya no están en el Retiro; no han podido soportar el sombrío panorama del parque de ahora, con estampidos de cañón; han volado hacia otros lugares. ¡Hacia qué lugares apacibles pueden dirigir su vuelo en que no resuenen los cañonazos fratricidas!

—Esto no es el Retiro—me dice mi hermano, que ha llegado de Levante.

No comprende el Retiro sin entrar por la múltiple puerta de la plaza de la Independencia; no comprende el Retiro sin ver el estaqueo; sin que los pájaros vuelen; sin que la Banda Municipal armonice la mañana serena.

Mi hermano tiene razón. Ya no es el mismo parque prestigioso; es un Retiro recién montado con la tramoya vieja del legítimo Retiro. Como la Puerta del Sol, ya en su misma, los paisanos de todas las regiones españolas que se juntaban allí a ver caer la bola dorada del reloj de Gobernación? ¿En qué rincones ignorados se ocultan los transeúntes innumerales que llenaban las aceras, y la turbamulta de zoco que vendía y pregona los más complicados y extraños artículos? El mismo reloj cedebré muestra las cuencas de las esferas vacías como si le hubiesen sacado los ojos. Edificios derribados; carteles en las fachadas; cristales rotos; soledad; desolación.

Adelantamos por la calle Mayor. Mi hermano busca el Municipio de la típica plaza de los Concejos. Ya no está. Busca el Gobierno civil en aquel viejo y solemne caserón; no lo halla tampoco. Jardincillos de la plaza de Oriente. ¡Y los niños que montaban en los cochecillos de alquiler, a diez céntimos tres vueltas a la plaza! ¡Y los forasteros embobados que contemplaban la sola magnífica del Palacio! Allí sólo quedan inmóviles las gigantescas figuras de piedra que circundan los jardines; las esculturas de los reyes godos—fantasmas que añoran los palacios—, como si quisieran cobrar vida y volver a ocupar las cámaras reales para reproducir las sangrientas jornadas de la Historia.

Seguimos la ruta. Mi hermano persigue con ahínco la visión consoladora del Madrid de antes. Quizá en la plaza de España la encontremos. Pero ¡qué impresión nos produce este lugar! Allí está más acusado el destrozo brutal. El monumento carvatinco—entre los altos árboles desmochados por la metralla—muestra señales de la barbarie factiosa. Todavía siguen cabalgando Sancho y Don Quijote; pero les pasa como a los gorriones del Retiro; quisieran volar de Madrid y emprender de nuevo las aventuras «por el camino de Montiel».

Como nos hallamos en la zona de guerra, no hay modo de seguir adelante. Volvemos por el Arenal, camino de la calle de Alcalá. Llegamos a pie a la plaza de la Cibeles. Una valla policial de ladrillo cubre el carro de la diosa; el carro y los robustos leones que lo arrastran. Sólo el busto de la deidad paga sobrasale en lo alto, airada y airosa, como si lanzase sus anatemas divinos contra los autos hermafroditas de la tragedia. Sobresale en lo alto, pero cubierta de sacos de tierra.

El Banco de España, hermetico y roto. La Casa de Correos, sucia, oscura, cavernosa, desierta. El palacete veneciano de la Marina, saltado por la me-

tralla. ¡Qué lastimosa plaza de la Cibeles!

Y por doquiera que la vista al todo está frío, desolado, yerto.

Ya no puede mi hermano aguantar más su indignación, y exclama:

—¡Esto es una ciudad desconocida!

II

Aquella muchacha del pueblo tenía el rostro de manzana, las pupilas de juco. Al volver a encotrarla, pasados varios lustros, apenas la reconocí. Maternidad de muchos hijos, cada uno había grabado en su cara un surco profundo. Los ojos, enrojecidos del llanto derramado; grietas y lacios los cabellos antiguos. ¡Y el alma!

Pues bien; así el Madrid de ahora, comparado con el de hace doce meses. No sólo en el exterior; el alma también.

¡Tempos silenciosos del espíritu! En la Academia de la Lengua no resuenan las voces solemnes de los iniciados. Aquello es una necrópolis de traidores. En el recuerdo llustra yacen las sombras de los Artigas, los Ricardo León, los «Azorines», los doctores Eijo, los Maura, los Baroja. ¡Toda la lira!

En soledad de tono mayor la Academia de la Historia. El lido duque de Alba no pronuncia sus titubeantes discursos de «amateur» que causaban asombro a los papenatas de la erudición densa y turbia como el mercurio. Ni el conde de Romanones preside la de Ciencias Morales y Políticas, tan absurda en su título como en sus hierofanías. Cerrada también a piedra y lodo la Academia de Jurisprudencia, cubil de abogados viejo estilo y sede majestática de los sumos sacerdotes de Renovación Española.

Silenciosos los templos de la sabiduría. El mismo Congreso tiene hundida su claraboya. Los retratos de viejos diputados cuelgan en la «mayor» parte de las salas; acaso soñaron—al oír el estamplido de las bombas—que llegaba de nuevo el general Pavia para barrer los escaños rojos con los restos de los soldados. ¡Pobre edificio del Congreso! Ya no vibrarán más allí tantos discursos sonoros, tantas bellas palabras, tantos párrafos brillantes: «espuma de champaña, logata de virtudes».

Y hasta al límpido Atenas se halla mudo. Pero el Atenas volverá a renacer; volverá a dejarse oír. Voces emocionadas; voces roncadas de pasión; voces de los hombres sin miedo y sin tacha, como Bayardo, dirán de nuevo el ofertorio de la civilización humana. No puede permanecer silencioso el Atenas, porque recibí el aliento popular; porque se inspiraba en el aire de la calle. Viento de frontera lo agitará de nuevo. No es posible interrumpir por mucho tiempo el viaje hacia las islas doradas del progreso y del arte.

También la Academia de San Fernando abrirá al culto sus puertas. ¡Como ha de vivir callado el genio creador! La moral del artista es de distinto fondo que la moral colectiva. La moral de artista se apoya en la creación de su obra estética. Y la nueva cosecha de belleza vendrá silenciosamente;

Prepar, sus cosas, artista, de llegar al fruto y las cosas.

El alma de aquella muchacha del pueblo; el alma candorosa y fresca de aquella jovenita al encontrarla de nuevo con tantos martirios de madre, también me pareció desconocida como su propia cara. Lloraba al interior sangre de sacrificios; lloraba sangre de necesidades de pan y de amor, padecidas en largas horas de soledad y de abandono.

Así el espíritu noble y alegre de Madrid. En este aspecto espiritual, mi hermano también podía suponer que se hallaba en una ciudad desconocida.

III

Si, lector, desconocida. Transformada en otra ciudad; arrugado el rostro, encanecido el pelo; dolorido y profunda el alma también. Pero eso no quiere decir flojedad, agotamiento, senectud. No es una ciudad enterrada con las ciudades homéricas: Iliq, Nicenas, Argos, Esparta. No es una ciudad muerta como las brujas de Ronda. El vibrante del Madrid de hoy no debe juzgar insensible y muero el árbol secular porque lo contemple desnudo de su follaje y sin hojas sus

COMENTARIOS ACERTADOS

Los métodos adoptados para salvar la paz conducen a la guerra

Emile Vlahn dice en un artículo publicado en «La Lumière», de París:

«En el asunto del «Deutschland» quedan los siguientes puntos obscuros:

¿Quién tiró primero en la rada de Ibiza? ¿El crucero alemán o los aviones españoles?

¿Qué hacía en las Baleares, en la zona de control encargada a Francia, un navío alemán, que no tenía nada que controlar y cuyo lugar de amarre era Orán?

¿Qué hacía el control francés? Antes unas preguntas como estas se hubieran llevado al Tribunal de la Haya, se hubieran sometido a su jurisdicción. Hoy, signo o señal de los tiempos—triste señal—, ningún Gobierno ha pensado en ello.

Quedan bastantes cosas ciertas por comprobar.

Primero, el encadenamiento de los bombardeos. Almería como respuesta al de Ibiza; Ibiza como contestación al de Valencia; Valencia como consecuencia del de Palma; el de Palma como eco de otros anteriores...

Estos incidentes eran inevitables desde el momento que el Comité de Londres confió el control de las costas republicanas a los italianos y alemanes, agresores de la República española.

Segunda, la diferencia de actitudes entre Inglaterra y Francia, por un lado, y Alemania e Italia por otro.

Al bombardeo de sus navíos y sus aviones, las potencias democráticas contestan por medio de notas y testimonios; las potencias totalitarias por represalias.

Las potencias democráticas no emplean el recurso de la fuerza; tienen razón. Pero persisten en el error de tolerar que las totalitarias se hagan o pretendan hacerse justicia por su cuenta. Por ese camino, la guerra, que tratan de localizar, se trueca en guerra general.

Tercero. Las potencias democráticas, preconizando y predicando la política de no intervención, han tomado el partido de considerar a Alemania e Italia como Estados neutrales. Es una ficción, que ha llevado a que el Comité de Londres substituya a la Sociedad de Naciones, a cerrar los ojos ante las violaciones de los compromisos adquiridos, a encargarse del control a los agresores de España, a dar, en fin, a la resolución tomada en Ginebra, hace poco tiempo el tono irrisorio de un voto en Consejo general.

Ya es bastante. Basta ya. El asunto de Ibiza, que ha estado a punto de hacer saltar a Europa, demuestra que el método adoptado para salvar la paz, con desprecio del Derecho, conduce a la guerra.

La guerra general está ya en germen con las últimas propuestas de Alemania, preparando una coalición de grandes potencias (comprendiendo a Francia) contra España republicana.

El Gobierno francés, en esta crisis, ha cumplido su deber apaciguador. Está bien. ¡Ojalá pueda la crisis misma iluminarse en la bancarrota de la neutralidad, en el peligro de la resignación ante el chantaje fascista!

EL TEATRO

Eslava: "Felicidad", comedia en tres actos, original de Antonio Soler y Fidel Prado

La comedia eslavada el jueves por la Ilustre Pérez Larrauri y Enrique Chicote no es mejor que otras ni peor que otras; es decir, ni muy buena ni muy mala; más claro aún: una comedia sin importancia.

Pertinace «Felicidad» a ese género de comedias sentimentales que tanto suelen gustar al público, y al que debemos las peores comedias escritas en castellano. Es una felicidad contemplar esta Humanidad tan buena, tan resignada, tan dispuesta al sacrificio como nos presentan los autores de «Felicidad». Realmente nos produce admiración sin límites el poder de abstracción de los autores para creer, o hacer que creen, en una Humanidad tan desprovista de interés y alcance, en estos momentos en que los hombres han dejado de fingir lo que eran para mostrarse como son. De todos modos, la comedia tiene una gran ventaja, una gran virtud. No habla de la guerra ni de sus alrededores. El tema elegido no es muy nuevo—para qué vamos a engañarnos—; pero cosas más viejas

estamos usando para dar demostada importancia al caso. No queremos descubrir el argumento, ya que no entra en nuestro ánimo ahorrarnos una sola lágrima a los espectadores, en perjuicio de la taquilla.

Tiene «Felicidad» algunos discretos trazos de gaine—especialmente en el primer acto—y cierta habilidad constructiva en general que es justo reconocer.

Es vulgarcita y cursi, pero simpática, la figura de la protagonista, aunque no estaría de más que los autores quitasen de sus labios una frase harto pedante y pretenciosa en un mutis del segundo acto, refiriéndose a los sufrimientos de Cristo en relación con los de ella. Con algunas pequeñas correcciones y aligerando un poco los actos, especialmente el segundo, donde se repite un solo motivo hasta el infinito, la comedia quedaría bastante viable y decorosa.

Nuestra gloriosa Loreto Prado no tenía papel digno de ella—aunque ella lo dignifica todo—; pero a la insignie actriz le basta con salir al escenario para que lamentemos su ausencia por un solo minuto. Enrique Chicote compuso perfectamente el suyo, realizando magistralmente una escena en el acto segundo. Carmen Solís alcanzó un éxito muy personal en el principal papel femenino de la comedia, premiándola el público con aplausos en distintas ocasiones. Juan Vázquez, el notable actor, humanizó hábilmente, y con recursos de buena escuela, un personaje no muy claro ni preciso. Luis Peña, galán joven de simpática figura y de indubitable condiciones artísticas, ha de perder—quizá sea cortadía escénica o «paura», que dicen los italianos—una exagerada tristeza, con la que «vela» la juvenil pulzanza de los papeles que lógicamente, dada su edad, ha de interpretar por mucho tiempo aún.

Los Sres. Quijano, Aguado y Alcaide, muy bien. Manuel Arbo destacó su actuación sobre el conjunto. El público aplaudió calurosamente los tres actos, y los autores conocieron los honores del presente.

J. O.

Por exceso de original no publicamos hoy la crítica del teatro Ideal. Se publicará mañana.

La evacuación de los niños madrileños no es un traslado desordenado y sin rumbo; es el viaje atrayente hacia las fincas de recreo de los antiguos potentados, convertidas para ellos en magníficos hogares infantiles.

LA J.S.U. POR EL PARTIDO UNICO DEL PROLETARIADO



SANTIAGO CARRILLO
RAMÓN LAMONEDA
JOSÉ DÍAZ
DOMINGO 27 DE JUNIO.